

más, porque da las respuestas en el momento mismo en que Dios Nuestro Señor está pasando con su carroza por aquellos lugares de los cielos!

CRISTÓBAL.—¿Es Dios que pasa por allí?

MONTA.—Claro, hombre. ¿No lo sabías? ¿Y quién, si no, con el obscuro de las nubes y las cortinas de la lluvia negra pondría en el cielo de pronto tantas luces y tantos divinísimos colores como tiene o arco d'a vella?

CRISTÓBAL.—Puede que sea, sí...; pero esta vez, y conmigo..., ¡se equivocó!

MONTA.—¡Fíame tiempo... y lo verás, Cristóbal, lo verás!

CRISTÓBAL.—¿Quieres tiempo para mudar el destino? ¿Para que no haya sido lo que ya fué, lo que es? ¿Quieres tiempo? Pues tómallo. Te doy toda la vida. ¿No te basta? Te doy también la eternidad. ¿Quieres más aún?

MONTA.—Bastará con menos...

CRISTÓBAL.—¡Qué ha de bastar! Aunque se juntaran a mi favor todas las estrellas del cielo, todas, no llegaban para remediarme. ¿Sabes mi mal, vieja? ¿Lo sabes, viejiña? La mujer a quien yo quiero... ¡es ya de otro hombre!

MONTA.—¡De otro no!

CRISTÓBAL.—Sí, de otro ya. Anda ahora, viejiña, anda. Llama al Sol, llámalo. Llama a todas las estrellas, llámalas..., ¡y a ver qué alumbran, sino la mala hora en que yo quise a esa mujer!!

MONTA.—Eso no lo sabía..., ¡te lo juro!

CRISTÓBAL.—También yo lo supe después...; pero después es ya muy tarde siempre y hecho queda lo hecho, aunque lo preguntes cómo se puede deshacer al mismo Nuestro Señor cuando está pasando con su carroza por los cielos... Adiós, viejiña.

Mutis por la posada.

MONTA.—Adiós, santiño... No acerté con más razones; pero el sino de las criaturas no puede dejar de cumplirse, no puede..., ¡jino puede!!

Va a sentarse pensativa.

ESCENA X

MONTA, por la puerta del emparrado; CRISTÓBAL, que se sienta a una mesa, y PIUCA.

PIUCA.—¿Quieres que te sirva algo?

CRISTÓBAL.—De aquí a un poco, que por lo de ahora no tengo apetencia.

PIUCA.—Muchos te buscan hoy, Cristóbal...

CRISTÓBAL.—Pues con alguno heme de encontrar.

PIUCA.—Nadie sabía por dónde andabas.

CRISTÓBAL.—Fuíme para casa.

PIUCA.—¿Y luego tanto camino?

CRISTÓBAL.—A coger dineros..., y después tardé mucho en soltarme de los brazos de la madre, que no quería la pobre darme suelta. Nada le dije, pero ella lo supo todo sin palabra mía.

PIUCA.—A veces el corazón es muy parlero y habla de más.

CRISTÓBAL.—De más le habló hoy a la madre...

PIUCA.—(*Apoyándose con las manos en la mesa.*)—Marchas, ¿verdad?

CRISTÓBAL.—Marcho.

PIUCA.—¿Para América?

CRISTÓBAL.—Para América.

PIUCA.—¿Cuándo?

CRISTÓBAL.—No lo sé fijo. Después del encuentro.

PIUCA.—(*Natural.*)—¿Vas matar al Manolo?

CRISTÓBAL.—Voy matar al Manolo, sí.

PIUCA.—(*Con ira.*)—¡¡A causa de la Sabela!!

CRISTÓBAL.—Por causa de la Sabela, sí.

PIUCA.—¡¡Por sobras matas, Cristóbal!!

CRISTÓBAL.—Ese maíz me llevan... y ese muele mi molino. ¡No tengo otro, Piuca!

Pausa.

PIUCA.—(*Se va alzando lentamente; luego.*)—De aquella entonces haces bien en poner distancias por medio de ti y de la justicia.

CRISTÓBAL.—Bien hago.

PIUCA.—Que la Peregrina te acompañe por los mares y luego por las tierras.

CRISTÓBAL.—Gracias, Piuca.

Pausa.

PIUCA.—No sé decirte más...

Pausa.

Hasta que llames, ¿eh?...

Pausa.

¿No te compondría ninguna otra compostura? Ni algún buen querer que tuvieran por ti?...

CRISTÓBAL.—No, Piuquiña, no.

PIUCA.—¿Ha de ser lo pensado?

CRISTÓBAL.—Ha de ser.

PIUCA.—Bueno entonces. Hasta que llames, ¿eh?

Va retrocediendo lentamente; abre la cancela, pasa, vuelve a cerrarla.

Hasta que llames, ¿eh?, Cristobaliño...

Lentamente, mirándole, mutis.

ESCENA XI

MONTA, CRISTÓBAL y SABELA, por la izquierda.

SABELA.—¿Hace mucho que estás aquí?

MONTA.—Mucho.

Levantándose.

Si lo quieres te dejo todo el sitio.

SABELA.—Más te agradecería una palabra.

MONTA.—Falta que yo la sepa..., y después aun falta el antojo de que te la diga.

SABELA.—Es únicamente si has visto a una persona.

MONTA.—Vi.

SABELA.—¿Dónde?

MONTA.—En la feria. A docenas las había.

SABELA.—¡No quieres comprenderme! Yo pregunto por una sola.

MONTA.—Será desde hoy, que antes tenía tu iglesia más de una puerta.

SABELA.—¡Te juro que no! ¡Te lo juro!

MONTA.—Por las dos cosas: por tener y por jurar que no tienes; los hombres de bien le llaman falsa a la Sabela.

SABELA.—¡¡Mientes, bruja!!

MONTA.—¿Y sabes quién puso la noticia en mis oídos? Pues le fué Cristóbal mismo..., y el pobre no tiene más que rabias en su cuerpo, que es un tener bien doloroso para un santiño como él.

SABELA.—También Cristóbal se engaña, y de eso quiero hablarle. ¿Sabes tú dónde está?

MONTA.—Sé.

SABELA.—Dímelo.

MONTA.—No.

SABELA.—¡Dímelo!

MONTA.—No te lo digo, no; ni vales tú siquiera el porqué de ir a decírtelo.

SABELA.—Puede que aciertes. Pero lo que no valga yo quizá lo valga este dolor de mi alma.

MONTA.—Tampoco. Por algo eres culpada.

SABELA.—¡Porque mienten! ¡Nada más que porque miente! Y si fueran buenos, un poco buenos solamente, no dirían lo que no saben y va en daño de otro.

MONTA.—De ese daño todos tenemos cosecha, que ninguno se arrepara en hablar de prisa contra los demás.

SABELA.—Yo no.

MONTA.—Igual que todos. ¿Tú no me llamas bruja? ¿No te llenas la boca con la palabra de llámármelo? ¿Y de dónde sabes tú que lo soy? ¿De dónde?

SABELA.—De lo que dicen.

MONTA.—Pues de que lo dicen te digo yo a ti que eres falsa. Has dado con una razón que sirve para las dos.

SABELA.—¡Pero a mí me clavan el nombre con ese decir!

MONTA.—Y ya te duele ese poco, ¿verdad? Ya te incomoda y te desespera un solo mal que te suponen, ¿verdad? Y en cambio a ti no te importa el echarme encima todos los males juntos, y por llamarme bruja que me nieguen el pan y la casa, que me tiren piedras y que me persigan como a una loba hasta que al fin puedan clavarme como a un sapo. Eso no importa, ¿verdad?

SABELA.—¡Perdóname!

MONTA.—Y cuando muera y me nieguen el sagrado de la tierra ¡cómo respiraréis tranquilos tú y todos los que ayudasteis a perseguirme y a matarme! Qué importo yo, ¿verdad?

SABELA.—¡Perdóname..., que yo no pensé jamás en que también con mis dichos ayudaba a tus males!

MONTA.—¿Qué perdone yo, dices? La humillada, la perseguida..., el desprecio y la burla y la maldición de todos... ¿aun encuentra quien se le humille

y le suplique? ¡¡Muy grande eres, Dios!! ¡Y cuando quieres darla, mucha sombra da tu mano en este mundo!... Levanta, levanta, que si el perdonarte mío sirve de algo, de la cabeza a los pies te doy perdón.

Marcha hacia la derecha.

SABELA.—Nunca volveré a decirlo.

MONTA.—Mucho bien harás para mí... y un poco para ti.

SABELA.—Ahora veo el gran daño que te causaba...

Acompañándola.

MONTA.—Ahora, claro. No hay como el dolor de uno mismo para comprender el dolor de los otros. Bueno, bueno. No vengas por mi camino, Sabela; anda por el tuyo.

SABELA.—No sé cuál es.

MONTA.—Lo sé yo.

Señalando la posada.

SABELA.—¡¡Está ahí Cristóbal!!

MONTA.—No te puedo decir lo que estará ahí del Cristóbal que tú buscas...; pero anda por ese camino, anda.

SABELA.—¡¡Gracias!!

Mutis rápido por la posada.

MONTA.—Del demonio dicen que soy; pero de lo alto me señalan para guiadora de las almas doloridas.

Sonriendo e invocando.

Ya que Tú lo dispones, ve con ella Dios; ve y ampárala un poquito, que le hace mucha falta...

Se persigna.

Amén...

Mutis lento, sonriente, por la derecha.

ESCENA XII

CRISTÓBAL; SABELA, que sale por la puerta del emparrado.

SABELA.—Buenas tardes, Cristóbal...

Viendo que no contesta más que con un gesto, dulcemente, pero con firmeza:

¡Buenas tardes, hombre!

CRISTÓBAL.—Buenas tardes, mujer.

SABELA.—Tras de ti vengo.

CRISTÓBAL.—¡Suerte es la mía!... Lo he de contar y no lo van a creer.

SABELA.—¿Y por qué no, Cristobaliño?

CRISTÓBAL.—Cristóbal nada más me pusieron en la pila. Con eso que me llames puede que ya sobre.

SABELA.—Tiempos hubo en que yo habría jurado que no sobraba...

CRISTÓBAL.—Sí que los hubo; pero esos fueron los tiempos de tu reír y de tu burlarte.

SABELA.—Yo no los he conocido...

CRISTÓBAL.—Es igual que sí o que no. Ahora ya da lo mismo todo. Habla, si has de hablar algo.

SABELA.—Cristóbal..., dijéronme que hoy tiraste un desafío contra el Manolo de Cambre.

CRISTÓBAL.—¡Contra ése y más contra quien saque la cara por él!

SABELA.—Entonces ya puedes pegar a mí...

CRISTÓBAL.—¡Ay, eso no! *Ainda non sei* pegar co'as mulleres. ¡Pero con los hombres sí! Hoy caerá el Manolo... o caeré yo. Dios sabe qué hay de pasar de esto... ¡Y esto pasará aunque los mismos ángeles se pusieran entre medio de nosotros dos!

SABELA.—¿Y qué culpa tengo yo de tus males ni de las mudanzas de tu genio, Cristobaliño? ¿Qué culpa tiene la Sabela, hombre?

CRISTÓBAL.—¿Y quién la tiene sino tú, falsa? ¿De quién estoy endemoniado yo sino de ti, falsa y más que falsa y burladora?

Levantándose.

SABELA.—¿Burladora yo?

CRISTÓBAL.—Tú.

SABELA.—¿Y por mí tienes el soplo del demonio?

CRISTÓBAL.—¡Por ti, Sabela, por ti!

SABELA.—¡Pues ahora mismo vas a ver lo grande que es tu mentira! ¡Pon la mano en mi cuerpo!

CRISTÓBAL.—No.

SABELA.—¡Ponla!

CRISTÓBAL.—No.

SABELA.—Y yo te mando que sí. ¡Ponla, Cristóbal, ponla!

Y ella misma le coge la mano, colocándola sobre la palma de una de las suyas y poniendo encima la otra.

Santo San Benito..., San Benitiño del Cielo, si es mía la culpa que todos los demonios...

CRISTÓBAL.—(*Retirando la mano vivamente.*)—¡No! ¡Que entonces te endemonias tú, y contra de ti no quiero ir!

SABELA.—Pero quiérollo yo. Vuélveme la mano.

CRISTÓBAL.—No.

SABELA.—¡Vuélvela, hombre, que esa verdad me debes por tu grandísima mentira!

CRISTÓBAL.—¡Verdad dije!

SABELA.—Pues de esa no tengas miedo entonces. ¡Anda de un golpe y ponla!

CRISTÓBAL.—¿Tú lo quieres?

SABELA.—Quiero.

CRISTÓBAL.—Puesta va y que tu castigo sea.

SABELA.—Aun hemos de ver lo que es.

Invocando.

Santo San Benito, si es mía la culpa, que todos los demonios del cuerpo de este hombre pasen para el mío y el suyo quede libre y yo poseída. Amén.

CRISTÓBAL.—Amén.

SABELA.—Y di tú: yo quiero que pasen.

CRISTÓBAL.—Yo quiero que pasen. Amén.

SABELA.—Amén.

Pausa. Sonriente SABELA, como desafiando el peligro.

SABELA.—(*Sonriendo.*)—Y no pasan, Cristóbal, no pasan... ¡Muy segura estaba de que Dios no lo permitiría. Es tu engaño nada más el acusador de mí.

CRISTÓBAL.—¿No fuiste falsa conmigo?

SABELA.—¿Y cuándo, luego? ¿Cuándo, hombre, cuándo? Hubo, sí, una fecha en que pensé que te gustaba; pero como los días se iban y tú no venías, por fin pensé otra vez: «Gustarle sí gusto; pero quererme para formalidades no me quiere...»

CRISTÓBAL.—¡Pues te quería, Sabela!

SABELA.—Y yo también a ti, Cristóbal.

CRISTÓBAL.—(*Cogiéndola y con alma.*)—¡Tú también, Sabela, tú también!!

SABELA.—(*Rechazándole suavemente.*)—Entonces Cristóbal, entonces... Y un año aguardé..., y otro año aguardé...; pero viendo que tus palabras no llegaban, al cabo me dejé ir con las palabras de otro que a todas horas me ponía fuego en los oídos.

CRISTÓBAL.—Bien hiciste... bien.

SABELA.—No te quejes ahora, que ya no tienes razón. Fuiste tardero para hablar, y además despreciador.

CRISTÓBAL.—¡Eso nunca!

SABELA.—Acuérdate...

CRISTÓBAL.—¡Que no respire más, si la memoria me trae un desprecio que yo te hiciera!

SABELA.—¡Acuérdate!... Viéndote que mirabas y no decías, por si era amor verdadero, que lo ponen de muy corto, yo misma te busqué la ocasión para que hablaras. Volvíamos tú y yo y más otros de la romería de la Pastoriza, y al llegar junto del puente del Pasaje, aquel bárbaro del Juan, que ya

estuviera ofendiendo toda la tarde, me trincó por la fuerza y me besó. ¿Te acuerdas? Tú lo prendiste como a una oveja, por el cuello y por las ancas, sacándolo fuera del puente.

CRISTÓBAL.—Y si no pide perdón a la ría va, que todo era soltarlo.

SABELA.—Yo me desmayé con el susto... Vuelta en mí, las piernas no me llevaban por el camino.

CRISTÓBAL.—¿Y no te llevé yo sentada en mi hombro?

SABELA.—Llevaste.

CRISTÓBAL.—¿Y no te respeté como si fueras la misma Virgen?

SABELA.—Respetaste... Pero al bajar de ti, ya más tranquila, quedéme un instante colgada de tu cuello... ¿Te acuerdas? ¡Di que te acuerdas, hombre!

CRISTÓBAL.—Sí, Sabela, sí...

SABELA.—¿Cómo entonces no me pediste amores?

CRISTÓBAL.—Porque no sé pedir cuando acabo de hacer favor...

SABELA.—Pues yo me figuré que era miedo al compromiso con quien no querías... y por desprecio de amor te lo marqué.

CRISTÓBAL.—Pero ahora que sabes de veras mi voluntad para ti, Sabeliña...

SABELA.—Ahora ya no puede ser...

CRISTÓBAL.—Por Manolo el de Cambre?

SABELA.—Por Manolo el de Cambre.

CRISTÓBAL.—¿Le quieres, verdad?

SABELA.—Le quiero.

CRISTÓBAL.—Pues quiérole hoy a tu gusto, que mañana ya no podrás.

SABELA.—¿No le perdonas?

CRISTÓBAL.—¿Yo? Jurado va... ¡Y de eso no sé revolverme!

SABELA.—Escúchame, Cristóbal...

CRISTÓBAL.—No me importa ya lo que digas.

SABELA.—Ese hombre me debe promesa de casamiento.

CRISTÓBAL.—Que te la cumpla hoy.

SABELA.—Y heme de casar con él.

CRISTÓBAL.—Hoy puedes...

SABELA.—Y de no casar vendría sobre de mí la vergüenza. ¿Comprendes, Cristóbal? ¿Comprendes, Cristobaliño? Dime que comprendes...

CRISTÓBAL.—(Con ira.)—¡¡¡Sí!!!

SABELA.—¿Perdonarás entonces?

CRISTÓBAL.—¡¡¡No!!! ¡¡¡No!! ¡¡¡No!!!

SABELA.—(Desesperada.)—¡Bien! Pero si tú matas al Manolo, desde el sitio en que me llevaste aquella noche en tus brazos..., ¿te acuerdas? ¡Di que te acuerdas! ¡¡Dilo con la boca, hombre!!

CRISTÓBAL.—Sí, lo recuerdo, sí...

SABELA.—¡Pues desde allí mismo me voy de cabeza a la ría, para ahogarme en la mala agua de la mar!

CRISTÓBAL.—¡No!

SABELA.—(Jurándolo.)—¡Por estas! Ahora... tú

dirás, que en tus manos estoy. ¿Vivo o muero, Cristóbal?

CRISTÓBAL.—Sabela de Oleiros..., vuelve tranquila para Oleiros, que mi palabra llevas de que no he de buscarte al Manolo.

SABELA.—Mucho es ya lo que brindas generoso; pero aun no llega para el afán, Cristóbal.

CRISTÓBAL.—¿No llega?

SABELA.—Manolo conoce tu desafío y te buscará, mas que tú no lo busques a él, que también es muy hombre.

CRISTÓBAL.—¿Qué mandas entonces?

SABELA.—Que no pelees.

CRISTÓBAL.—No pelearé;

SABELA.—¿Aunque te busque? ¿Aunque te ofenda? ¿Aunque delante de hombres te llame poco hombre?

CRISTÓBAL.—¡Eso no!

SABELA.—(Desconsolada.)—Entonces no ofreces nada, Cristobaliño...

CRISTÓBAL.—Dime una cosa en pago. Dímelas como si el mismo Dios y no yo te la preguntará en tu Juicio Final: ¿La noche que te llevé desde el puente, ibas en mí descansada, pero también ibas de amor?

SABELA.—También. Como ante Dios.

CRISTÓBAL.—¿Y por mucho tiempo después aguardaste mis palabras?

SABELA.—Como ante Dios. Te aguardé.

CRISTÓBAL.—Sabela... ¡Sabela de Oleiros, que una vez tuve yo en mis brazos como a cosa mía...! ¡¡Mía, Dios!!... Sagrada eres para mí tú... y tu voluntad. Mientras Manolo sea tuyo, más que insulte, más que ofenda, más que me cruce la cara, yo no me revolveré jamás contra del Manolo. Vete ya en paz, Sabela. ¡¡Y mala centella me coma si no me dejo hacer pedazos por una voluntad que sea de ti!!

SABELA.—(*Abrazándole conmovida.*)—¡Cristóbal! ¡¡Cristobaliño!!

CRISTÓBAL.—(*Rechazándola bruscamente.*)—¡Ay, eso no! ¡Abrazarte, no! La vida te doy para gozarla con otro... ¡¡Ahora, piensa en lo que yo daría por verme otra vez en tus brazos de correspondido y de amoroso!! ¡Pero de ladrón, no! De ladrón no te los quiero ni te doy nada por ellos. ¡Vete, vete!

SABELA.—Era de agradecida.

CRISTÓBAL.—Así lo entendí. Pero de esa manera no quieren verse los fieles amadores.

SABELA.—La Peregrina te pague todo el bien que recibo.

CRISTÓBAL.—Buena pagadora es... ¡Pero vete, Sabela, vete!

SABELA.—¡Ya me voy, hombre! Pero oye todavía...

CRISTÓBAL.—¡No quiero!

SABELA.—¡Aunque no quieras, lo has de oír! Bueno eres y honrado, y valiente y generoso... ¡Pero quien no dijo nunca palabra de amor, no tiene razón

nunca para decir palabra de agravio! ¡Es tu culpa, Cristóbal!

CRISTÓBAL.—Es mi culpa, sí, es mi culpa... ¡Pero vete, Sabela, vete! ¡¡Vete!! ¡Si no quieres que te despedace!

SABELA.—¡Despedazada ya voy! ¡Buenas tardes, hombre!

Mutis.

CRISTÓBAL.—Buenas tardes, mujer.

Desesperado se deja caer de bruces sobre la mesa...

ESCENA XIII

CRISTOBALÓN, PIUCA, LUCAS, PACORRO y JOSÉ.

LUCAS.—¡Por fin te encontramos!

PACORRO.—Ya había quien desconfiaba... ¡Pero nosotros, no!

Dándole la mano.

LUCAS.—(*Metiéndose rápido para impedirlo.*)—¡Ni nadie que sea tu amigo!

Llevando aparte a PACORRO.

¡Ibas a darle la mano, infeliz!

PACORRO.—Es que lo estimo de veras.

LUCAS.—Y yo. Pero... ¿y los demonios? Ahora hay que tener muchísimo cuidado.

PACORRO.—¡Es verdad!

LUCAS.—Pues por poco te haces un mal avío.

PACORRO.—¡No me lo digas dos veces, que ya estoy temblando!

CRISTÓBAL.—¿Y el Antón, embarca?

JOSÉ.—Pienso que no.

CRISTÓBAL.—¿Y podría disponer de esos papeles suyos para mí?

LUCAS.—¿Por qué no? Igual valen para uno que para otro. Como todos son falsos..., el que paga los duros, se lleva los papeles.

JOSÉ.—El vapor sale mañana, de atardecido; pero nosotros subiremos en altura y de noche cerrada... para evitar alguna curiosidad, ¿sabes?

LUCAS.—Va con éstos el Santiago, de San Pedro de Oza, que el señor fiscal le pide no sé cuántos años y un día de condena... Pero el Santiago no está por servir al señor fiscal en esta ocasión..., y escapa.

JOSÉ.—Es prudencia..., ¿comprendes?

PACORRO.—¿Luego marchas, Cristobalón?

LUCAS.—¿Y aún lo preguntas? ¿Qué ha de hacer éste sino marchar?

JOSÉ.—¿Y la muerte es hoy?

LUCAS.—Claro que hoy. Ya vivió bastante el fantasmón ese. Ahora, nosotros. ¡Vivan los hombres de Oleiros!

JOSÉ y PACORRO.—¡Vivan!

ESCENA XIV

Dichos; MANOLO, por el foro.

MANOLO.—(*Que venía despacio, apresura el paso y se acerca por la parte de fuera al emparrado. Natural.*)—Vivan los hombres de Oleiros...

LUCAS.—(*Galleando.*)—E'as mulleres e mais os nenos.

MANOLO.—Todos, sí, todos. No vos conocía yo esa voz tan clara...

LUCAS.—Mudanzas que traen los tiempos...

MANOLO.—Pues iremos viendo las ventajas de ese cambiar...

Se sienta a la otra mesa.

¿Sirven para mí en tu casa, Piuca?

PIUCA.—Claro que sirven.

MANOLO.—La cuestión es que no traigo dinero...

PIUCA.—Por una vez ya se fía.

MANOLO.—Pero tampoco me gusta deber. ¿Convidas, Cristobalón?

CRISTÓBAL.—Convido, sí. Pide.

MANOLO.—Caña, ¿tienes? Y en vaso grande, que los pequeños no satisfacen.

LUCAS.—(*Aparte a PACORRO.*)—La convidada no está decente...

PACORRO.—Aguarda, que principio quieren las cosas.

MANOLO.—Cobra ya.

PIUCA.—Dijéronte que va pago.

MANOLO.—No hace falta eso. Fué dicho nada más para ver los deseos, que me los contaron una miaja torcidos por parte de alguno.

PIUCA.—Pues no lo son.

MANOLO.—Más vale. Cobra y guarda para ti la vuelta.

Cogiéndola de la falda para atraerla.

Eres muy guapa, Piuca.

PIUCA.—Para ir pasando...

MANOLO.—¿Me das un beso?

PIUCA.—¡Un beso! Poco lo debes apetecer cuando lo pides delante de todos...

MANOLO.—Capricho del momento. ¿Es tu novia, verdad, Cristóbal?

CRISTÓBAL.—Ni lo es, ni lo fué.

MANOLO.—Creía que sí..., de antes por lo menos.

CRISTÓBAL.—De nunca.

MANOLO.—Bueno entonces. Trae la caña.

Mutis PIUCA, volviendo con lo pedido.

LUCAS.—(Aparte a PACORRO.)—Para ser buscador, se deja buscar él mismo demasiado...

PACORRO.—Puede ya que sí...

MANOLO.—No pensaba yo toparme con tan buenos amigos por esta aldea: pero es más saludable siempre que pinten los vientos de ese modo. ¿Luego quiere decir que fué de embuste el pregón que me llevaron?

CRISTÓBAL.—No. La verdad te llevaron a los oídos.

MANOLO.—¡Pues por mí, ya estamos!

CRISTÓBAL.—Por mí, no.

MANOLO.—(Parándose, asombrado.)—¿Que no? ¿Te arreniegas ahora?

Riendo.

Tú sabrás por qué vino la cambiada...

Vuelve a sentarse.

CRISTÓBAL.—Lo cavilé más por lo despacio, y comprendí que no tuve razón para mandar pregones a quien nada me debía.

MANOLO.—Cuerdo fué el trasacuerdo que tomaste... Tú, Piuca, cuando acabes la faena, préstale tus faldas al Cristobalón, que le han de ir bien las ropas de mujer. Y oye, Cristobalón...; pero mírame, eh, que cuando yo hablo me gusta ver el mirar de los ojos. ¿Quién te quitó la intención para sostenerte?

CRISTÓBAL.—Nadie.

MANOLO.—¿Y quién te la había dado para ofender? ¿La Sabela?

CRISTÓBAL.—Buena amistad le tengo, pero si es cosa tuya, disfrútala en ley de Dios.

MANOLO.—O en la ley que me dé la gana, que tú no has de mandar sobre ello.

CRISTÓBAL.—Claro que no. En lo que sea voluntad de los dos.

MANOLO.—(Levantándose pausadamente.)—Escucha lo último, tú..., pero antes ponte de pie, Cristobalón, que no te pido ventajas de tú sentado y yo en alto.